

Fotografía.

Aquel niño de la fotografía era yo y este Marcos, mi mejor amigo. Desde el día que aparecí de improviso en su habitación fuimos inseparables. Al principio, sólo jugábamos en casa, por las tardes, pero al poco tiempo ya lo hacíamos todo juntos. Lo acompañaba a la escuela, al parque, a ver volar los aviones, al circo... Incluso, por las noches, antes de desaparecer, antes de desaparecer, permanecía a su lado hasta que se quedaba dormido. Y a la mañana siguiente, nada más despertar, yo ya estaba allí, esperándolo.

No obstante, mi presencia parecía inquietar a sus padres. Hasta que una vez, le ordenaron no volver a verme nunca más. Incluso hasta le prohibieron pronunciar mi nombre. Y a cambio, si obedecía, prometieron regalarle un ordenador. Fue entonces cuando llegaron a casa los otros niños. Y entonces simuló olvidarme. Se encerraba en su cuarto con ellos, mientras yo permanecía en el suelo, sentado en una

esquina, solo. Aun así, cuando todos se marchaban y antes de meterse en la cama, Marcos me guiñaba un ojo, sonreía y me deseaba buenas noches.

Aquel año, al terminar las clases, fuimos de vacaciones al pueblo. Recuerdo que fueron mis vacaciones más felices, pese a que tuvimos que compartir habitación con su hermana pequeña. Cuando ella estaba delante Marcos se comportaba como si yo no existiera o me hubiera vuelto invisible, aunque sabía que actuaba así porque temía que ella les contase a sus padres nuestro secreto. Aun así, en aquellos momentos me sentía muy triste. El resto del tiempo, estábamos siempre juntos. Recorriamos las calles en bicicleta, nos bañábamos en el río y perseguíamos los cometas y las estrellas fugaces que caían del cielo. Una mañana, temprano, nos adentramos en el bosque en busca de los restos de una estrella caída y nos perdimos. Anocheció y no logramos encontrar el camino de vuelta. Marcos se asustó y empezó a llorar. Yo trataba de consolarlo pero no podía hacer nada por aliviar su angustia. Al día siguiente,

unos guardas dieron con nosotros y nos llevaron con sus padres. Marcos les confesó que se había perdido mientras jugaba conmigo al escondite. Éstos, enfadados, decidieron volver de inmediato a la ciudad.

Después de aquel incidente, transcurrió un tiempo hasta que volvimos a vernos de nuevo. De repente, una tarde, volvió a la habitación. Aunque a partir de entonces nuestra relación cambió. Marcos ya no era el mismo. Estaba más triste, huraño, apenas hablaba y tenía los ojos perdidos. Por la mañana, al mediodía y antes de acostarse su madre le traía unas extrañas pastillas de colores y un vaso de agua. Se pasaba el día encerrado, sentado ante la ventana o durmiendo. Y si me veía, se enojaba conmigo, hacía como si no estuviera, se escondía, lloraba y gritaba que me fuera.

También me culpaba cuando los otros niños se burlaban de él, lo insultaban y le llamaban loco.

Lentamente, su ánimo comenzó a mejorar aunque seguía sin querer salir de su habitación ni saber nada de mí.

Y aunque tampoco tenía relación con los otros niños, descubrí que tenía un nuevo amigo. Una vez por semana, sus padres lo llevaban a un médico. Nunca supe quién era, ni qué hacían allí dentro, encerrados en su despacho tanto tiempo, porque cuando Marcos entraba a mí no me dejaban pasar. Así que lo esperaba fuera, tras la puerta, inquieto y nervioso, intentando averiguar qué estaba ocurriendo. Él, por su parte, tampoco me explicaba nada, ni respondía a mis preguntas y tan siquiera me miraba.

Una noche, antes de dormirse, Marcos susurró mi nombre. Me levante del suelo y me acerqué hasta el borde de la cama.

- ¿Quieres saber de quién hablamos? - me preguntó con una sonrisa.

- Si, por favor - respondí casi suplicándole.

- De ti - contestó mirándome a los ojos desafiante.

Luego me dijo que yo no existía, que no era real y que tan sólo vivía en sueños, en su imaginación.

Tras aquella conversación no volvió a hablar conmigo nunca más. Sentado en el suelo, en una esquina de su habitación, permanecí inmóvil algún tiempo más, en silencio, esperando escuchar de nuevo alguna vez su voz. Y desde allí, durante todos estos años, pude conocer a sus nuevos amigos de la universidad, a sus compañeros de trabajo y a Laura, su novia. Hasta que un día, sin más, Marcos recogió sus cosas, hizo las maletas y se fue. Antes de marcharse, miró hacia donde yo estaba sentado. Permaneció un rato así, pensativo. Luego sonrió, cerró la puerta y se alejó para siempre. En ese instante, miré la fotografía y vi como mi imagen se desvanecía. Comprendí entonces que me había vuelto invisible para siempre.